



Eco de Bilbao
núm. 7

domingo, 3 de diciembre
1893

1-92

1893

REFLEXIONES OPORTUNAS.

Para cualquiera que se coloque dentro, no de lo que se suele llamar comunmente *la realidad de las cosas*, no pasando de ser su apariencia pasajera, sino dentro de la verdadera realidad de las mismas, de la íntima, de la duradera, de la honrada realidad; para cualquiera que aspire a vivir en el mundo con el alma toda y no como su nábulo que siente cual si con él habría de morir el mundo y oscurecerse todo, al cerrar él los ojos, para tal hombre, algunos de los sentimientos que hoy brotan en España con ocasión de lo de Melilla, tienen un aspecto desconsolador.

La invasión de los moros obligando a nuestros abuelos a una larga lucha de ocho siglos, los distrajo en ella, perjudicó al ordenado proceso de su cultura interna y reforzó sus instintos belicosos. Nuestras depredaciones en América, Flandes é Italia y nuestros ejercicios de pueblo de presa, contribuyeron a acabar de moldear este carácter que alimenta horror al trabajo y culto a lo que llamamos el *pundonor*.

Todos los pueblos muestran en mayor ó menor grado el defecto radical inherente a la lenta formación de la sociedad humana, organismo aún en atrasadísimo periodo evolutivo, defecto que el progreso vá modificando con una enorme lentitud, pero nuestro pueblo no solo la ostenta más que otros, sino que funda en poseerlo en mayor grado gran parte del orgullo nacional.

Si el progreso humano consiste, como hoy asientan los más profundos sociólogos, en el paso del estado social de bárbara guerra, en la que sólo se consideran hermanos los de una misma tribu, clan ó nación, al futuro estado de organización armónica del trabajo; en el paso del estado social de privilegio y conquista al de justicia y libre cambio; si es así, no podemos menos de reconocer que una mirada hacia adelante, al ideal lejano que alborea en las conciencias mejor desenvueltas y toma carne más ó menos percedera en las doctrinas socialistas, calma la sobrada presunción y fe en el progreso humano que una mirada hacia atrás nos ha infundido y destruye un optimismo enervante, el del hombre que bien comido y bien bebido piensa en su *honor* de caballero.

Hasta la guerra, consecuencia necesaria del estado de privilegio, explotación y depredación en que viven las naciones organizadas según el proteccionismo burgués y de los sentimientos llamados patrióticos que ese estado produce, hasta la guerra se *civiliza* y se admiten en ella ciertos preceptos humanitarios que brotan del progreso de la conciencia moral colectiva y del sentimiento de fraternidad que va tomando cuerpo lentamente al amparo de la parte de libre cambio de ideas, sentimientos y productos que la civilización trae consigo. Pero esta humanización de la guerra tiene su límite hoy.

68

Dejemos para ocasión de más sosiego y calma en la conciencia pública el ofrecer a su meditación el estado moral que revelan esas excitaciones a la guerra santa, eso de que *crístianuas* mujeres pidan a los soldados que les traigan ensangrentadas cabezas de moros, el que un diario como «El Imparcial» demande que la sangre se lave con sangre, basándolo en las más barbaras doctrinas de ese sentimiento llamado *honor*, patrimonio de duelistas.

Pasemos por alto el grado de cultura espiritual y honda que implica el suponer que el empeño de los rifeños sea una *afrenta a la honra inmaculada de España*, y lo que tal honra quiera decir, a no hacer de ella una monserga.

Olvidemos que en el fondo de mucho de lo que se escribe y dice, late la idea inconciente de que el moro no sólo no es hijo de Dios sino que ni merece consideración de beligerante. Dejemos todo esto y limitémonos a apuntar un hecho típico.

El primero del mes corriente el comandante general de Melilla dirigió al ministro de la Guerra un telegrama en que le anunciaba que el vapor «Alfonso XII» había ido a las Chafarinas «para cañonear a su regreso toda la costa en el caso de que allí se comprobara la noticia de que las cábilas de Quebdana habían concurrido a las acciones del 27 y el 28, y cerciorado de ello el comandante del vapor batió los aduares a 800 metros de distancia, causando les algunas bajas y destruyéndoles sus viviendas.»

Semejante conducta debió parecer lo más natural y perfectamente justo que se impusiera a las cábilas de Quebdana el castigo de destruirles unas viviendas que estaban fuera del teatro de la guerra y desde las cuales no molestaban al enemigo, y matarles las mujeres y niños. Y, sin embargo, si durante la guerra franco-prusiana al entrar los alemanes en un pueblo y averiguar que varios mozos de él servían como voluntarios en el ejército francés, les hubieran castigado dando fuego al pueblo, habríase levantado en la Europa *civilizada* un clamoreo de indignación más ó menos hipócrita y teatral contra los que así faltaban a una ley de humanidad y progreso reconocida hoy en la guerra, la de que ésta se hacen los ejércitos y no los pueblos y de que no hay motivo que justifique el infligir daños a los ciudadanos pacíficos y destruir moradas que no sirven de atrinchamiento al enemigo.

Mas ¡es claro! tales principios rigen cuando son los que pelean ejércitos de dos pueblos de los que a sí mismos se llaman cristianos y civilizados, pero si se trata de exterminar salvajes é infieles todo es permitido. ¿No hacen ellos lo mismo? Pues es cosa clara; con los salvajes, como salvajes; es el mejor modo de civilizarlos.

Se comprende sin gran trabajo que en un estado de conciencia moral pública en que queda tanto légameo de instintos groseros de tribus guerreras y en que los presidiarios pueden convertirse en héroes, se deformen almas que lleven a efecto el inhumano atentado de Barcelona, porque si se considera hondamente, el anarquismo anti-social fomentado por el espectáculo triste de la ostentación tranquila del privilegio, es la natural degeneración regresiva de la moral internacional guerrera, que su

1-92
(1-93)
aureo
1-53/47

DAD
NCA



fondo lo implica. Entre lo sucedido en el teatro del Liceo y lo de las Chafarinas existe una relación análoga á la que hay entre una estafa por falsificación grosera de una firma y una quiebra fraudulenta tejida hábilmente al abrigo de la ley burguesa, ó la que hay entre el timo y el juego de Bolsa.

¡Con cuanta razón podría decirse del progreso humano lo que Leopardi de la naturaleza en general, que «marcha por tan largo camino que inmóvil nos parece»!

Nos hallamos aún en un estado social en que un señor obispo, provicario general castrense, al dirigir á sus hermanos los capellanes de ejército una circular en 29 de Octubre, á la vez que pedía *al Dios de los Ejércitos que endulzara los rigores de la lucha* y al de las *Misericordias que acorralara en sus guaridas á esas hordas salvajes*, excitaba á aquellos á que llenaran «con verdadero espíritu sacerdotal su altísimo ministerio alentando al soldado en las guerrillas.»

Tan sólo cuando se borren de la conciencia humana los sentimientos paganos que palpitan bajo tales frases, podrá entrar aquella en el verdadero reinado social de Jesucristo, en la aplicación á las relaciones entre los pueblos y á la vida política pública de los principios de moral cristiana, y sentirá que para las naciones como para los individuos, el derecho de propia defensa no se opone á la virtud cristiana del perdón de las injurias y que, para aquellas como para estos, el honor del duelista es una imperfección moral y un residuo de la animalidad más baja.

Y no faltarán hasta tanto inteligencias que, pervertidas con vahos del estómago, convirtiendo en mentiras las leyes de la «batalla por la vida» «la selección natural» y «la sobrevivencia del más apto» amodoren al corazón humano para que no penetre en el Corazón de la Naturaleza y vea la verdad de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao núm 8.

Domingo 10 diciembre 1893

1-93

L. Rangel

SOBRE EL CULTIVO DEL VASCUENCE.

III.

Al terminar nuestro anterior artículo nos preguntábamos qué valor tienen los diccionarios del vascuence publicados hasta hoy.

El más antiguo es el de Larramendi y puede decirse que en ciertos respectos es el mejor. Al componer su Diccionario Trilingüe castellano-vasco-latino, Larramendi se hallaba en posición ventajosa sobre los que después de él se han dedicado á componer diccionarios vascos, ventaja que resultaba precisamente de ser él el primero, pues no pudiendo echar mano de trabajos anteriores análogos, que estimulan y favorecen á la pereza, no tuvo otro remedio que acudir *en gran parte* para hacer el suyo, á la fuente viva de la lengua hablada,

é ir recogiendo voces de valle en valle, de monte en monte, de casería en casería.

Decimos *en gran parte* y no en totalidad, porque no debe perderse de vista que el Diccionario Trilingüe era lo que hoy diríamos una obra de tendencias y de ninguna manera un archivo del mayor número posible de voces vascongadas para servir de base al estudio del eusquera. Basta leer su prólogo para convencerse de ello. El Diccionario Trilingüe no es más que una comprobación del trabajo anterior del autor acerca de la antigüedad y universalidad del vascuence en España, no es otra cosa que una colección de pruebas de la tesis de Larramendi, de que el vascuence es tan rico por lo menos como el castellano. Esta es la razón de que el diccionario fuera castellano-vasco y no vasco-castellano, pues el autor se proponía demostrar que puede decirse en vascuence con raíces vascongadas todo lo que en castellano se dice, y así es que no hizo más que copiar el Diccionario Castellano é ir poniendo significado á cada vocablo de este.

Este mismo fin de su obra, tan poco genuinamente científico (tal como hoy entendemos esto de científico) vició su obra, pues en su empeño de dar correspondencia indígena vasca á toda voz española, se permitió inventar no pocas palabras que el vascuence corriente y hablado ni posee ni puede poseer, é inventarlas no pocas veces con falta de tino, como cuando por preocupaciones de escuela filosófica y resabios de latinismos, de *egon*, estar, y *pe*, bajo, compuso *egope*, sustancia, bajo la base del latín *substantia*, de *sub*, bajo, y *stare*, estar. En este pecado científico de suponer que la inteligencia espontánea, primitiva é inconciente de los pueblos se haya de conformar á la reflexiva, y no pocas veces adulterada por ejercicio de escuela, de los filósofos de sistema, caían por entonces casi todos los doctos, y aún hoy se siguen repitiendo, fundadas en esa base y en ignorancia de la filosofía, etimologías tan absurdas lingüísticamente como que *intellegere* derive de *intus-legere*, *universalia* de *unus versus alia*, *lex* de *ligare*, y otras por el estilo.

Otro de los defectos que fatalmente se derivaron á la obra de Larramendi del fin que éste la asignó, es su empeño de derivar del vascuence voces castellanas á todas luces, latinas (y que en latín hallan su explicación y arranque ariano) y derivarlas de cualquier modo cuando puede asegurarse que en el castellano apenas llegan á media docena (si es que pasan de dos ó tres) las voces de origen vasco. Que Larramendi cayera en este error tiene menos de extraño que el que no hubiera caído, pero es imperdonable que hoy recaigan en él muchos por un casi absoluto desconocimiento de los orígenes, del proceso y de la historia de la lenguas castellana y latina, porque para hacer ciertas comparaciones, precisa estudiar despacio los dos términos que se hayan de comparar y no pocos se han metido á sacar voces castellanas del vascuence sin haber saludado ni siquiera los trabajos de Federico Diez, el filólogo alemán, patriarca de la filología románica, y mucho menos los vastos estudios que después de él se han hecho en el campo de los romances.



UNIVERSIDAD SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

153/47